

Moratoria, cuestión de supervivencia

María de Jesús Espinosa Macías

A partir de la crisis de la deuda iniciada en 1982, la palabra *moratoria* ha sido mencionada cada vez con mayor insistencia como una alternativa de solución al problema.

En agosto de 1982, el gobierno mexicano recurrió a una moratoria temporal de tres meses, ante la imposibilidad de pagar el servicio de su deuda externa. Posteriormente, negoció con el Fondo Monetario Internacional (FMI) la aplicación de un programa de ajuste económico a cambio de la obtención de un crédito emergente por cinco mil millones de dólares y la promesa de renegociar los pagos vencidos.

Este hecho que en su momento fue muy significativo, se ha vuelto cotidiano a lo largo de los últimos cinco años, pues México ha reestructurado el calendario de sus pagos al exterior en tres ocasiones y se encuentra negociando una cuarta reprogramación de pagos.

La experiencia de las renegociaciones en nuestro país y en otros de América Latina demuestra que este mecanismo es sólo un paliativo ante la insolvencia generalizada de los países deudores. Es decir, únicamente posponen la moratoria prolongada y forzosa, pues es claro que bajo el esquema de pagos donde la mayor parte de las erogaciones corresponden a los intereses, nunca se pagará la deuda; por el contrario, ésta continuará creciendo.

El caso de México es ilustrativo pues mientras en 1982 la deuda era de 80 mil millones de dólares, en 1987 llegó a 105 mil millones, es decir, creció en 25 mil millones de dólares aun cuando se pagaron 12 mil millones anuales en promedio

durante esos cinco años por intereses y amortizaciones.

Según los acuerdos de la tercera renegociación con la banca privada internacional concretados en octubre de 1986, México dispondrá de 12 mil millones de dólares en "créditos frescos" durante 1987; sin embargo, por concepto de amortizaciones pagó tres mil 371 millones y ocho mil 100 por intereses, lo que da un total de once mil 471 millones de dólares.

De esta forma, el país contrajo una nueva deuda sólo para pagar parcialmente los créditos anteriores. Esta situación no es sostenible por mucho tiempo, dadas las crecientes dificultades para obtener créditos en el exterior, en un contexto donde los problemas económicos tradicionales del país se han agravado.

Para el trienio 1989-1991, según estimaciones gubernamentales, el pago del servicio de la deuda externa totalizará 45 mil 552 millones de dólares, de los cuales, 27 mil cien millones, equivalentes al 59.5 por ciento, corresponderán a los intereses, mientras que las exportaciones totales para ese período se estiman en 66 mil millones de dólares.

En esa fecha, la economía mexicana enfrentará el estancamiento provocado por los programas de ajuste "recomendados" por el FMI, que aunado al crecimiento de la población implicará un mayor deterioro del nivel de vida de la población en general.

En este contexto, continuar con el pago de la deuda externa —aunque sea de manera parcial—, implicará una conmoción de la sociedad mexicana de consecuencias impredecibles.

Es por ello, que cada vez con mayor claridad nos acercamos a la moratoria tan satanizada por em-

presarios y autoridades gubernamentales, quienes al no prepararse para hacer frente a una situación de tal magnitud, nuevamente serán rebasados por la realidad.

Desde luego que la sola moratoria no resuelve el problema de la deuda, ni el desempleo, desnutrición y bajo nivel de vida de la mayoría de los mexicanos; sin embargo, sería un respiro frente a tantos problemas acumulados y se convertiría en una elemental cuestión de supervivencia.

¿Por qué? Simplemente, el país podría destinar alrededor de 12 mil millones de dólares anuales a incrementar las inversiones, crear los empleos que demanda la población, efectuar programas de beneficio social, proporcionar alimentos a precios estables y más bajos, sin necesidad de recurrir a nuevas deudas externas.

Desde luego, como argumentan las autoridades, las deudas permanecerían pendientes; no obstante, cuestiones tan elementales como la educación, el empleo y la nutrición, han sido metas pospuestas desde hace más de 70 años. Entonces, si la población mexicana ha podido esperar por generaciones la satisfacción de sus necesidades fundamentales, ¿la banca no puede aplazar la obtención de ganancias?

El caso de Brasil resulta relevante en este sentido, pues habiendo declarado una moratoria unilateral por tiempo indefinido en febrero de 1987, ha logrado la reprogramación de pagos, se negó a aplicar los programas recesivos y eliminó la intervención del FMI en su economía. No ha erogado un solo dólar para el pago del servicio de su abultada deuda superior a los 115 mil millones de dólares y en cambio, negocia con la banca el otorgamiento de nuevos créditos por seis mil millones de dólares para apoyar las metas de crecimiento gubernamentales y evitar el agotamiento de sus reservas internacionales.

Bolivia y Perú han adoptado posiciones diferentes, aun cuando por el tamaño de su deuda la suspensión

pasa a la página 6

namentales para abatir la inflación en lo que va del sexenio.

Pero sobre todo porque finalmente este Pacto afecta sobre todo a la clase trabajadora. Porque el gobierno se comprometió a sanear sus finanzas y ello equivale, necesariamente, a que seguirá encareciendo los precios y tarifas de sus bienes y servicios públicos, como el del teléfono, la luz, el gas, la gasolina, todo lo cual a partir de marzo se aumentará mensualmente; o de sus impuestos como el Predial, el alcantarillado, el agua y demás.

Los empresarios, por su parte, ofrecen promociones y ofertas, pero no dejan de solicitar aumentos de precios a productos básicos; y así, en un mes que lleva implantado el Pacto, han aumentado los precios de la leche, el aceite, huevo, pan y tortilla, y los refrescos, por ejemplo, que son de verdadero consumo generalizado.

“Además que ni digan que “rebanan el 15 por ciento del Impuesto al Valor Agregado, porque resulta nada más ni nada menos que los productos alimenticios básicos no pagan este impuesto”, se dice a sí misma Esperanza.

Mientras toma un litro de aceite y busca el huevo, se afirma a sí misma que definitivamente ni el gobierno ni los empresarios perderán con este nuevo plan, como tampoco han perdido en los cinco años que van del sexenio.

Llega al huevo, toma dos kilos y va en busca del azúcar pero antes se para y toma un rollo de papel higiénico y se aleja diciendo: “Puro rollo, puro rollo nos han metido; ¿ahora será verdad?”

Ve de lejos el jabón y piensa que posiblemente ahora sí sea verdad, ¿por qué no? Pero interrumpe sus pensamientos para ver que está reetiquetado el producto. “Se autorizaron nuevos precios en esta semana”, le responde una empleada.

“¿Entonces, no que los empresarios están apoyando el Pacto? ¿Cómo lo hacen?, porque en un mes subieron todos los productos básicos, hasta los super-básicos como

la tortilla y el pan; las legumbres, la carne, el pollo, los detergentes, y eso ni hablar de los bienes de consumo duradero como la ropa y el calzado”. Ya no se enoja.

Sólo se convence que es un hecho que el nuevo sacrificio recaerá sobre los trabajadores, porque el próximo incremento salarial se dará hasta el próximo primero de marzo, según le dijeron en su trabajo, y el porcentaje de aumento será el mismo que se autorizará para todos los productos básicos y servicios para ese mes.

Así, supuestamente todo subirá parejo, sólo que hay un pequeñísimo detalle, y es que todas las alzas que registren los productos y servicios en enero y febrero, no lo recuperarán los trabajadores. Más aún, el deterioro del poder adquisitivo acumulado en muchos años no se recuperará, porque se pretende un “borrón y cuenta nueva”.

Y todavía más: todos los trabajadores recibirán el aumento en la medida en que lo determine la Comisión Revisora del Pacto; los productos básicos que componen la canasta básica también se incrementarán en la misma proporción, así como algunos bienes que produce el sector público. Sin embargo, ¿qué, quién, dónde y cómo se garantizará que todos los demás bienes libres que no están bajo control de precios se aumentarán en la misma proporción?

Por ejemplo, las rentas de casas-habitación, la ropa, los servicios médicos, de recreación, de higiene y todos los productos que se encuentran en el mercado “libre”, ¿cómo se logrará controlar su encarecimiento, si los inspectores de la Secretaría de Comercio, que son menos de quinientos, no pueden controlar que se cumpla con los precios oficiales a los alimentos? ¿Ahora cómo le van a hacer para controlar a todo el comercio organizado y desorganizado, para que aumente sus precios coordinadamente y sin abusos?

Esperanza alcanza por fin el área del azúcar, sólo para ver un gran lugar vacío porque no la hay. Deci-

de dar por terminadas sus compras y se encamina a las cajas registradoras.

Pasa de largo por la sección de “Damas” porque es impensable comprar vestidos de más de 80 mil pesos. Ve a una mujer que lleva su carrito lleno y se pregunta: ¿Cómo le hará?, lleva más de 100 mil pesos?” Ella sólo lleva cinco productos y se ha gastado ya casi tres días de salario mínimo.

Y a partir de marzo que todo empiece a subir coordinadamente, ¿cómo se pondrán las cosas? Porque eso de pedir solidaridad económica a una clase social que pocas veces la tiene con el pueblo. . . porque eso de pedir solidaridad económica para un año, cuando no la ha habido en los cinco anteriores. . . La empleada de la caja le cobra y le devuelve 780 pesos, porque sólo tienen IVA el papel higiénico y el jabón.

En el momento que extiende la mano, Esperanza le pregunta a la empleada: “Oiga, ¿usted cree que sí funcione lo del Pacto?”. La cajera la ve y dice sin mucho entusiasmo: “Bueno, hay que tener esperanza, ¿no?”.

Yo me llamo Esperanza, le contesta, pero no le oye porque ya está diciendo buenas tardes a otra cliente. Entonces. . . “Hay que tener esperanza, Esperanza”, se dice al dejar la tienda. *Jm*

de la página 4

de sus pagos no implica ningún peligro serio para la banca internacional. Bolivia declaró una moratoria unilateral e indefinida desde el año pasado, mientras que Perú decidió pagar únicamente el 20 por ciento de sus ingresos por exportaciones, lo cual resulta un pago simbólico.

Sin embargo, México que había sido quien marcara las pautas en la negociación financiera internacional, ha sido rebasado por naciones con gobiernos más visionarios. Y no sólo eso, las autoridades mexicanas pretenden continuar con las reglas del juego fijadas por la banca, pero ¿por cuánto tiempo? *Jm*